J. BALMES

La Religión demostrada al alcance de todos

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA

Nihil obstat:
Martín Arroyo
Censor.

Imprímase:
Juan, Ob. Aux. y Vic. Gen.

ISBN: 84-7770-400-x
D.L.Gr. 781-98
Impreso en Azahara SL
Impreso en España
Printed in Spain

ADVERTENCIA

No es mi ánimo escribir un catecismo de doctrina cristiana, ni un compendio de la historia de la religión; de esta clase de obritas no faltan; sólo me he propuesto llenar un vacío que se halla en la enseñanza de los niños. Se los instruye por medio del catecismo en los rudimentos de la religión y se les hace decorar su historia; pero no se llama bastante su atención sobre los fundamentos de las verdades que aprenden; y así es que, al salir de la escuela para entrar en una sociedad distraída y disipada, cuando no incrédula o indiferente, no encuentran en su entendimiento las luces que podrían servirles para sostenerse en las creencias de nuestra religión sacrosanta. Abundan, por desgracia, los hombres superficiales, que, hablando de lo que no entienden, toman por objeto predilecto de sus pláticas el combatir la religión. ¿Y qué armas se han suministrado a los niños durante su educación y enseñanza, para poder defender su fe, si no en la conversación, al menos en el santuario de su conciencia? ¿Adónde

pueden acudir los maestros para encontrar compendiados en breves lecciones los fundamentos de nuestra religión? Y esta enseñanza, ¿no es tanto y mucho más necesaria que la de los principios de aritmética, de geometría, de dibujo y otras con que se prepara el ánimo de los niños para entrar después con provecho y lustre en sus respectivas carreras?

He aquí el vacío que me he propuesto llenar con la publicación de esta obrita, que, además de ser útil a los niños, no dejará de ser provechosa a los adultos. Lamentables son la ignorancia y el descuido que hay sobre estas materias: de todo se enseña, de todo se aprende, menos de saber la razón de nuestra fe, y ésta es una de las causas por qué esta fe queda en tantos corazones como semilla estéril, si, lo que es todavía peor, no se la lleva el viento al primer soplo.

CAPITULO PRIMERO

Existencia de Dios.

La razón natural basta para conocer que hay un Dios, criador de cielo y tierra; porque si viésemos un palacio muy grande, muy hermoso, alhajado con magnífica riqueza y adornado con exquisito primor, ¿no diríamos que es un insensato el que afirmase que aquel palacio, aquellas alhajas, aquellos adornos nadie los ha fabricado ni ordenado? Pues bien; el mundo es este soberbio palacio: el sol le ilumina de día, la luna por la noche; el cielo está poblado de estrellas; la tierra, de hombres, de animales, de plantas; el mar y los ríos, de peces; el aire, de aves; las estaciones se suceden unas a otras con orden admirable; en las entrañas de la tierra se halla el oro, la plata, todos los metales, las piedras preciosas; y un mundo de tanta riqueza, de tanta hermosura y maravilla, ¿no ha de tener un criador y ordenador?

CAPITULO II

Atributos de Dios.

El Señor que ha criado todas las cosas ha de ser todopoderoso, pues que criar es sacar de la nada, hacer que de repente exista lo que antes no existía, y para esto es bien claro que se necesita un poder infinito, la omnipotencia. Nuestras obras las fabricamos los hombres a costa de tiempo y de trabajo, y siempre teniendo antes la materia; porque el carpintero, por ejemplo, no construye la mesa sin que tenga a la mano la madera necesaria; pero no existiendo nada, decir *hágase,* y quedar hecho, supone un poder sin límites. Esto hizo Dios, y no con objetos de poca monta, sino con el mundo entero.

Dios ha de ser *infinitamente* sabio, pues que su sabiduría resplandece en sus obras en el cielo y en la tierra; *eterno,* porque, no habiendo sido criado, no puede tener principio ni fin; *infinito en perfección,* porque, existiendo por sí mismo, nada le ha podido limitar y tine en sí propio la plenitud del ser; y, por consiguiente, *inmenso, justo, santo, bondadoso, misericordioso, premiador de los buenos, castigador de los malos*; en una palabra, un *Espíritu infinitamente perfecto, criador, conservador y ordenador de todas las cosas.*

De aquí se sigue que Dios está viendo todo lo que pasa en el mundo, y todo lo que ha pasado y pasará, con tanta claridad como vemos nosotros las cosas que tenemos delante de nuestros ojos en medio del día; y no puede ser de otra manera, pues que nada acontece, ni bueno ni malo, sin que El lo quiera o lo permita. Cuando hacemos una cosa, por más en secreto que la hagamos; cuando tenemos un pensamiento o un deseo, sin que exteriormente lo manifestemos, todo lo está viendo, todo lo está mirando, como un hombre que nos contemplase con mucha atención y muy de cerca. ¡Qué recuerdo tan a propósito para llevar arreglada nuestra conducta!

CAPITULO III

Creación del hombre.

El hombre ha sido creado por Dios: así nos lo enseña la religión, de acuerdo con la razón natural. Para convercerse plenamente de esta verdad basta recordar que venimos al mundo naciendo de una mujer, que esta mujer tuvo también sus padres, y éstos, otros; y como es claro que al fin hemos de parar a unos padres que no tuvieron otros padres, algunos debieron ser criados por Dios. Esto

no admite réplica; de otro modo sería menester decir que los primeros hombres nacieron de la tierra, como una planta. Imposible parece que haya podido concebirse tamaño delirio.

CAPITULO IV

Existencia y espiritualidad del alma.

TODOS sabemos por experiencia propia que hay dentro de nuestro cuerpo una cosa que piensa, quiere y siente: esto es lo que llamamos alma. Cuando decimos que es espiritual, entendemos que no es una parte de nuestro cuerpo, ni es nuestra sangre, ni nuestros nervios, ni nuestras fibras, ni nuestro cerebro, ni nada que sea largo, ni ancho, ni hondo; que no puede dividirse en parte, porque no las tiene; en una palabra, que no es nada semejante a todo cuanto vemos y tocamos, o percibimos con otros sentidos, sino que es de un orden muy distinto, muy superior a todo cuanto nos rodea; es decir, que es *una substancia simple, con facultad de entender y de querer.*

Que nuestra alma es espiritual, y no corpórea, se deja conocer fácilmente considerando la diferencia que media entre ella y los cuerpos. Estos, si se los mueve, se mueven; si se los deja quietos, quietos

permanecen; por sí no tienen acción ni movimiento; en nuestra alma se observa todo lo contrario, porque no sólo hace mover al cuerpo cuando ella quiere y del modo que quiere, sino que con el pensamiento recorre en pocos instantes el cielo y la tierra, y es tan inquieta, tan activa, tan vivaz, que es cerrar los ojos a la luz el empeñarse en decir que su naturaleza no es diferente de la de los cuerpos.

CAPITULO V

Aclaración y confirmación de la misma verdad.

INCREÍBLE parece que haya hombres que digan que el alma no es espiritual; porque si no lo es, entonces será o nuestra sangre, o algún humor, o un flúido finísimo, o un conjunto de fibras, o algo semejante; cosa que, a primera vista, se presenta tan extraña y tan repugnante, que bien se alcanza su absurda falsedad. ¿Cómo es posible que el alma, capaz de idear y ejecutar obras tan grandes y tan hermosas, no sea más que un pedacito de carne, una madeja de nervios, un ovillo de fibras, o alguna porción de sangre, o de humores, o de flúidos, por delicados que se imaginen? Cuando admiramos los inmortales poemas de Homeo, de Virgilio y de Tasso; las elocuentes páginas de Demóstenes, de Cicerón y de

Bossuet; los maravillosos cuadros de Miguel Angel y de Rafael, ¿es dable el pensar siquiera que en aquellas cabezas no había más que carne, nervios, fibras, sangre, humores flúidos de distintas clases, pero ningún espíritu? ¿Cómo puede concebir semejante despropósito un hombre sano de juicio?

CAPITULO VI

Inmortalidad del alma; premios y recompensas de la otra vida.

El alma no muere con el cuerpo. Todos los pueblos de la tierra han creído siempre que después de esta vida hay otra, donde se premian las buenas obras y se castigan las malas, y fuera bien extraño que el linaje humano en masa se hubiese engañado. Si esto no fuera verdad, ¿quién se lo hubiera hecho creer a todos los hombres? Esto prueba que Dios lo enseñó así a los primeros padres, y que por tradición se ha ido transmitiendo a todos los tiempos y países; de otra manera no es posible concebir cómo hombres de tan diferentes épocas, distintos climas, diversas ideas y costumbres, hayan podido todos convenir en la misma creencia. Es verdad que se la ha explicado de varios modos, según la variedad de los religiones; pero en cuanto al hecho principal, es

decir, la existencia de la otra vida y la inmortalidad del alma, todos están acordes. Prueba incontestable de que el alma no muere con el cuerpo; pues cuando muchos testigos, que en nada concuerdan entre sí, están, sin embargo, acordes en un punto, es señal de que en aquel punto se halla la verdad.

Esta creencia universal del linaje humano está, además, confirmada con otra razón, tan robusta como sencilla. Vemos a cada paso que hay malvados que pasan una vida regalada; hay hombres de bien que arrastran una existencia agobiada de miserias e infortunios; siendo Dios justo, ¿cómo es posible que no tenga reservado en otra vida el premio para la virtud y el castigo para la maldad? Podremos creer que muera el hombre como los brutos animales, sin que haya de dar cuenta a nadie de sus acciones buenas o malas? ¡Ah! No hagamos este insulto a la justicia divina; no degrademos de tal modo nuestra naturaleza colocándonos al nivel de los brutos.

CAPITULO VII

Conformidad de la razón con la religión en lo tocante al alma y a la creación del hombre.

YA hemos visto que nuestra alma es espiritual, y de esto se infiere, con toda evidencia, que, aunque

el cuerpo se forme en las entrañas de la madre, no puede suceder lo mismo con respecto al alma. Siendo ésta incorpórea, no se compone de carne y sangre, y, por consiguiente, ha debido ser criada por Dios, quien la une al cuerpo mientras éste se va formando y perfeccionando en el seno de nuestra madre. Bien entendido esto, se manifiesta, con toda claridad, cuán conforme es a la razón lo que refiere la Sagrada Escritura sobre la creación de nuestros primeros padres.

En efecto, ya vimos que, aunque unos hombres descienden de otros, y éstos de otros, y así sucesivamente, al fin hemos de llegar a un hombre y a una mujer que no han nacido de otros, sino que han debido ser criados por Dios. Este hecho, que la razón nos enseña como necesario, nos lo refiere y explica con mucha sencillez y claridad la Sagrada Escritura, diciéndonos: que Dios, después de haber criado el cielo y la tierra, formó del polvo de ésta el cuerpo de Adán, criando en seguida el alma espiritual para unirla al cuerpo. Es muy hermosa la expresión de que usa la Sagrada Escritura para explicarnos esta unión inefable. Formado el cuerpo del hombre, no teniendo todavía alma que le vivificase, yacería tendido en el suelo sin movimiento alguno; no feo y deforme, como son ahora los cuerpos de los muertos, sino como una hermosísima figura de cera. Crió Dios al alma, la unió al cuerpo, y en el

mismo instante se abrieron los ojos de aquella estatua, se animó y avivó su fisonomía. Esta transformación, tan maravillosa como bella, la expresa el Sagrado Texto diciéndonos que Dios inspiró al semblante de Adán un soplo de vida, no porque soplase en realidad, lo que es imposible, siendo Dios un ser espiritual, sino para darnos a entender que debemos mirar al alma del hombre como una cosa distinta y muy diferente del cuerpo; no formada de materia alguna, sino emanada inmediatamente de la divinidad por el acto de la creación.

CAPITULO VIII

Continuación de la misma materia.

Explicada de esta suerte la creación del primer hombre, échase de ver que tampoco hay dificultad en lo que nos refiere la Sagrada Escritura sobre la creación de la mujer, cuyo cuerpo fué formado de una costilla de Adán; significándose así que había de ser su compañera, recibiendo luego el alma del propio modo que había sucedido con el varón. Concíbese también muy claramente cómo. unidos por Dios en matrimonio y fecundizada esta unión con las bendiciones del Criador del universo, pudo formarse el linaje humano y extenderse por la faz de

la tierra. En vano han buscado algunos filósofos orgullosos un medio para sustraerse en este punto a la autoridad de los Libros Sagrados; el velo que cubre la cuna de la humanidad sólo le levanta la religión, y, fuera de su augusta enseñanza, sólo se encuentran sueños y delirios. No forcejemos en vano contra el peso de la verdad; no cerremos obstinadamente los ojos a su purísima luz; antes bien, demos gracias al Dios de bondad, que, por medio de la revelación, se ha dignado ponernos a cubierto de las cavilaciones y extravíos de nuestro flaco entendimiento, cerciorándonos de la alta nobleza de nuestro origen.

CAPITULO IX

Existencia de una religión verdadera.

DIOS nos ha criado, nos conserva, nos dirige; El es nuestro principio. El es nuestro fin; y nuestra alma, que no perece con el cuerpo, que vivirá eternamente, ha de ir a encontrarse un día en presencia del Juez supremo, que le pedirá cuenta de todas sus acciones, y le dará, conforme a sus merecimientos, o el premio o el castigo. En esta vida, pues, debemos ya prepararnos para la otra; debemos conocer nuestro origen, nuestro destino y los medios

que para llegar a él nos ha suministrado la Providencia. Estos conocimientos y estos medios nos lo proporciona la religión; sin ella estaría el hombre en el mundo como un huérfano sin amparo, que ignora su procedencia y no conoce su porvenir.

El hombre ha de amar a Dios, porque es infinitamente bueno, y, además, porque le ha colmado de tantos beneficios; ha de tributarle por ello acciones de gracias y ha de adorarle como a Señor de cielo y tierra; pero en todos los actos, tanto interiores como exteriores, en que rinda su culto a Dios, ha de hacerlo de una manera agradable a la divina Majestad, y cual conviene a una criatura que ofrece su homenaje al Criador. Luego ha de haber ciertas reglas en este culto; luego no pueden haber sido encomendadas al liviano capricho de los hombres; luego ha de haber una religión, la misma para todos los hombres, y en que vivan seguros de que, observando lo que ella prescribe, cumplen con la voluntad de Dios y caminan por el sendero que conduce a la eterna felicidad.

Decir que todas las religiones sean igualmente buenas, que tanto importa ser cristiano como sectario de Mahoma, judío como idólatra, es lo mismo que negar la Providencia; es afirmar que Dios, después de criado el mundo, ha dejado de cuidar su obra; es pretender que el linaje humano marcha

sin objeto, sin destino, al acaso, como un rebaño sin pastor. ¿Se dirá, tal vez, que un Dios infnitamente grande no cuida de nuestras pequeñeces, y que mira con indiferencia nuestras adoraciones? Pero entonces, ¿para qué sacar de la nada a esas criaturas, si no había de cuidar de ellas? Por cierto que si la inmensa distancia que media entre el hombre y Dios fuera razón suficiente para afirmar que Dios no cuida del culto que nosotros le ofrezcamos, probaría también que no tuvo motivo para criarnos; porque un Dios infinitamente grande, ¿qué objeto pudo proponerse en sacar de la nada a una criatura, a quien luego había de abandonar, sin dar oído a sus plegarias, sin aceptar sus ofrendas, siéndole indiferente que siguiera esta o aquella ley, que le tributara este o aquel culto, dejándola sola, desamparada, en medio de las más horrorosas tinieblas? ¿Quién puede concebir semejantes absurdos? Esto sería equivalente a negar la bondad y la sabiduría de Dios, y un Dios sin sabiduría y sin bondad no sería Dios.

CAPITULO X

Lamentable ceguera de los indiferentes en religión.

No faltan algunos que, sin negar definitivamente la verdad de la religión, no le están tampoco adheridos, ni cuidan de averiguar si es verdadera o falsa. "No quieren meterse, según dicen, en esas cuestiones; no saben lo que hay sobre esto, ni quieren trabajar por saberlo." Estos se llaman *indiferentes* en materia de religión. Por cierto, que no puede haber estado más lamentable que el de *indiferente,* pues que, si bien se mira, tiene algo de peor que el de aquellos que son irreligiosos por sistema y que atacan la religión. Porque el hombre que niega su verdad, que disputa queriendo probar que es falsa, al menos se ocupa de ella; entre tanto la examina, y, andando el tiempo, puede venir día en que, o por medio de un libro o de la conversación con alguna persona sabia, quede desengañado de sus errores, convenciéndose de la verdad de la religión; pero quien ha tomado ya por sistema no pensar en ella, quien se ha llegado a imaginar como cosa indiferente el que sea verdadera o falsa, este tal, como ni leerá ni consultará sobre la materia, no saldrá jamás de su mal estado, y será un hombre que se duerme tranquilo al borde de un abismo.

Para manifestar cuán contrario es semejante sistema a la razón y a las reglas más comunes de prudencia, bastará considerar que la religión no versa sobre cosas que nada tengan que ver con el hombre, sino que se propone nada menos que enseñarle su origen, su destino y los medios que para llegar a este destino debe practicar. Es decir, que en la religión ha de encontrar el hombre lo que más le importa, lo que le toca más de cerca, y no puede prescindir de ella sin exponerse a gravísimos peligros. En efecto; por más que una persona sin religión suponga que no es cierto que haya otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, al menos no puede negar que el negocio es tan grave, que merece la pena de ser examinado. Porque la razón y la experiencia nos aseguran de que ha de venir un día en que hemos de morir; entonces, sin remedio, hemos de experimentar por nosotros mismos si hay otra vida o no, y en el momento en que habremos dado el último suspiro, en que los que rodearán nuestro lecho de agonía dirán: *Ya ha muerto*, en aquel mismo instante hemos de experimentar nosotros mismos lo que hay sobre la otra vida. ¿Y quién será bastante loco para arrojarse a la eternidad sin cuidar de si en ella se encuentra algún peligro de hacerse infeliz para siempre y sin esperanza de remedio? Dirá el indiferente que tal vez no hay

nada de todo lo que dice la religión; que quizá el alma muere con el cuerpo; pero, ¿y si hay realmente lo que dice la religión; si el impío se equivoca; si en el acto de morir encuentra que es verdad todo lo que ella enseña, que hay un cielo para los buenos y un infierno para los malos? ¿Adónde podrá ir quien en vida no ha querido cuidar de saber si la religión era verdadera o falsa? ¿Podrá esperar ir al cielo quien no ha querido saber si había cielo? Quien pasa su vida sin averiguar si hay un Dios que le haya criado, ni cómo debe amarle y servirle, ni si hay una regla para encontrar la verdad en las materias de más importancia; quien vive en un tan profundo olvido de sí mismo, ¿podrá menos de ser culpable delante de Dios? ¿Podrá quejarse si se le destina a un lugar de castigo eterno? Increíble parece que haya hombres que vivan en tal ceguera: el corazón se acongoja al verlos marchar distraídos hacia la orilla de un precipicio horroroso.

CAPITULO XI

Corrupción del linaje humano.

El hombre presenta a cada paso tan extraña mezcla de nobleza y degradación, de grandor y pequeñez, de bien y de mal, que no es fácil concebir

cómo un ser de tal naturaleza haya sido obra de Dios. En efecto; mientras que con su entendimiento abarca, digámoslo así, el cielo y la tierra; mientras que adivina el curso de los astros y penetra en los más hondos arcanos de la Naturaleza, le vemos también lleno de dudas, de ignorancia, de errores; tiene un corazón noble, amante de la virtud, que se entusiasma con el solo recuerdo de una acción generosa, pero que se pega también a los objetos más viles y sabe abrigar la crueldad, la traición y la perfidia; es capaz de concebir y de realizar agigantados proyectos, de arrostrar impertérrito todo linaje de peligros, y quizá tiembla pavoroso a la vista de un riesgo despreciable, y se acobarda y desfallece por sólo tropezar con la dificultad más liviana; suspira siempre por la felicidad, y vive abrumado de infortunio; en una palabra: por dondequiera que miremos al hombre encontramos una extraña mezcla que asombra y confunde.

Si hacemos un momento de reflexión sobre nosotros mismos, echaremos de ver que todo el curso de nuestra vida es una continuada lucha entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, el deseo de la felicidad y el sufrimiento de la desdicha. El cumplimiento de nuestras obligaciones por una parte, y la pereza y todas las pasiones por otra, tienen en no interrumpida tortura a nuestra alma; por manera que no pa-

rece sino que dentro de cada uno de nosotros hay dos hombres que disputan y luchan incansables, el uno bueno, el otro malo; el uno cuerdo, el otro loco. Y por lo que toca a la dicha, ¿quién puede gloriarse de disfrutarla, de haberla gustado apenas? ¿Cómo es posible, dirán los incrédulos, que una monstruosidad haya salido de las manos de un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno? Aquí, sin embargo, aquí, al responder a esta dificultad, es donde la Religión católica muestra toda su elevación y grandeza; aquí es donde ostenta uno de sus más irrecusables títulos para probar que ella, y sólo ella, es la verdadera.

La religión no niega que existan en el hombre contradicciones palpables, que se vean en su ser y en su conducta irregularidades monstruosas; no trata de disminuir en nada la realidad del hecho en que se funda la dificultad, porque como se siente con fuerza para soltarla del todo, no necesita ni atenuarla, ni orillarla, ni eludirla, sino que, dejándola que se presente en toda su magnitud y robustez, tal como había bastado para confundir a los mayores filósofos de la antigüedad, la arrostra de frente, y dice: "Sí; el hombre yace en el error y en la corrupción; pero, ¿queréis comprender el secreto? Ahí está, en uno de los dogmas que yo enseño, en el pecado original. El hombre de ahora no es tal como Dios le crió, sino

que es un hombre degenerado. Dios le había criado inocente y feliz; su entendimiento estaba ilustrado con la luz de la verdad; su voluntad, ajustada a los dictámenes de la razón y de la ley divina; su vida se deslizaba en agradable quietud, en apacible bienestar; su corazón rebosaba de dicha. Tamaña felicidad hubiera pasado a su descendencia si se hubiese conservado sumiso a los mandatos de Dios; pero el hombre pecó, y por inescrutables designios del Altísimo ha quedado todo el linaje de Adán infecto de la culpa y sujeto a la pena. He aquí aclarado el misterio de las contradicciones del hombre: esta noble criatura es imagen y semejanza del mismo Dios; pero la mancha de la culpa ha desfigurado a la hermosa imagen; cuando vemos al hombre inteligente inclinado a la virtud, alzando su noble frente para mirar al cielo, vemos allí la imagen de Dios; cuando le vemos en las tinieblas del error, en el cieno de la corrupción, en las angustias del infortunio, vemos el estrago hecho en la bella imagen por el borrón del pecado."

Así es cómo explica la religión las contradicciones y monstruosidades del hombre, y si bien es verdad que la misma explicación es también un misterio muy superior al alcance de la inteligencia humana, tampoco puede negarse que al través de las sombras que encubren el augusto arcano se divisa tal fondo

de razón y de verdad, que el misterio del pecado original despide tan abundante luz para resolver las dificultades que nuestro entendimiento se encuentra satisfecho y dice para sí: "Este misterio es superior a tu razón, pero no contrario a ella."

CAPITULO XII

Reparación del linaje humano por Jesucristo.

Caído el hombre del estado de inocencia y felicidad en que había sido criado, infecto de la culpa, echado del Paraíso, sujeto a toda especie de penalidades y miserias, y, por fin, a la muerte, se hubiera hallado en horrible situación si Dios, por su infinita misericordia, no hubiese querido remediar tamaña catástrofe enviando a su Hijo Unigénito, para que todos los que creyeran en El no pereciesen, sino que tuvieran vida eterna. Sin duda que Dios había podido perdonar al humano linaje su culpa y condonarle la pena merecida sin exigir satisfacción de ninguna clase, ya que el mismo Dios era el ofendido; y, además, ¿quién señala lindes a su omnipotencia? Podía también exigir una satisfacción, alcanzarle de mil maneras diferentes que al débil hombre no le es dado conjeturar, pero que no se ocultan a la sabiduría infinita ni se hallan fuera del alcance de la mano todopoderosa;

pero quiso que la misma caída del hombre sirviese para manifestar más y más la infinidad de su poder, el rigor de su justicia, la grandeza de su bondad, el inagotable caudal de su misericordia. Quiso recibir una satisfacción, y no como quiera, sino una satisfacción completa; pero el hombre, miserable, finito en su ser, reducido en sus medios, caído de la gracia, sentado en las sombras de la muerte, ¿cómo podía dar satisfacción semejante? Parece que el alma forcejea para encontrar un medio, pero es en vano; el corazón se entristece y se acongoja, la mente se abate y se anubla. ¡Profundos designios de un Dios! "El Unigénito del Padre, imagen del mismo Padre, Dios como su Padre, se hará hombre, sufrirá horribles tormentos, y morirá, por fin, en afrentoso patíbulo: ofrecerá sus dolores, sus tormentos y su muerte en expiación de los pecados del mundo y para la reconciliación del humano linaje; los que vivan antes del Salvador se salvarán con la fe en el Mediador venidero, uniéndose a Dios por la esperanza y la caridad, y los que vengan después de El se salvarán con la fe en el mismo Mediador, unidos a El por la esperanza y la caridad, formando un rebaño que se llamará Iglesia de Jesucristo, que será regido por los pastores puestos por el Espíritu Santo, y principalmente por una cabeza visible, representante y vicario de Jesucristo sobre la tierra." He aquí lo que decretó el Eterno y lo

que ha realizado para salvar al humano linaje: ¿puede darse nada más grande, más augusto, más admirable? No podía caber en el pensamiento humano excogitar un medio como éste, en que la justicia divina queda del todo satisfecha, pues que quien satisface es un Dios, manifestándose esta justicia en su aspecto más imponente y terrible, pues que la víctima que exige es nada menos que Dios; en que la misericordia resplandece admirablemente, pues que Dios se compadece de los hombres hasta darle a su Hijo Unigénito y entregarle a la muerte; en que la sabiduría se ostenta de un modo inefable, conciliando extremos tan opuestos como son el ejercicio simultáneo de una justicia infinita y de una misericordia infinita; haciéndose todo por medio de esa incomprensible comunicación de Dios con el hombre, resultando, por el augusto misterio de la Encarnación, un Dios-Hombre. ¡Ah! Jamás religión alguna se ha presentado tan sabia, tan grande como la católica al explicar esos profundos arcanos del Todopoderoso: jamás ninguna ha ostentado tan magníficos títulos para arrebatar, desde luego, nuestra admiración, para inspirarnos profundo acatamiento. Lo que es tan grande, tan elevado en sus pensamientos, sólo puede haber emanado de Dios.

CAPITULO XIII

Verdad de la venida de Jesucristo.

SEGÚN la doctrina católica, Jesucristo es el Hijo de Dios, Dios como el Padre, y que se hizo hombre y padeció y murió por la salud del linaje humano. Nuestro entendimiento no es capaz de comprender este tan sublime misterio, y ni aun hubiéramos pensado jamás en él, a no haberse Dios dignado revelárnosle. Pero por más inútil que sea el hacer esfuerzos para penetrar el abismo de tan augusto arcano, no deja por eso de poderse demostrar, por las mismas señales que Dios ha dado, que es una verdad la venida de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

En primer lugar, nadie puede negar que existió en la Palestina, habrá cosa de diecinueve siglos, un hombre llamado Jesús, que predicaba, que arrastraba tras sí gran golpe de gente, y que al fin murió en el patíbulo. La existencia de este hombre nos consta tan de cierto como la de muchos otros personajes célebres de la antigüedad, filósofos, oradores, poetas, políticos, guerreros o de otra clase cualquiera. Es bien claro que no sabemos que hayan existido Homero, Alejandro, Cicerón, César, etc., etc., sino porque de la existencia de esos hombres hablaron sus contemporáneos, siguieron haciendo lo mismo los posteriores,

y así en adelante hasta llegar a nosotros. Lo mismo ha sucedido con respecto a Jesús; de El nos hablan los que vivían en su tiempo, explicándonos cuál era su patria, cuáles sus doctrinas, quiénes sus amigos, quiénes sus enemigos, cuál fué su vida, cuál su muerte; los hombres que vinieron al mundo, desde entonces hasta ahora, han continuado hablando de Jesús, y aun aquellos que han pretendido que no era Dios ni enviado de Dios, no han dicho que no haya existido; luego quien salga ahora sosteniendo que es falso que haya existido Jesús, afirmando que su existencia debe tomarse en un sentido figurado, es tan ridículo como quien dijere que Sócrates, que Alejandro, que César no han existido jamás; porque aun no mirando la cosa con ojos cristianos, sabemos por lo menos tan de cierto lo uno como lo otro.

CAPITULO XIV

Divina misión de Jesucristo.

RÉSTANOS ahora probar que Jesucristo era enviado de Dios y verdadero Dios.

Nadie ignora que en varios tiempos y lugares han existido algunos hombres que se han dicho enviados del cielo, cuando en realidad no eran más que pérfidos impostores que, engañando a la muchedumbre,

procuraban hacer su negocio, o miserables alucinados que tenían desconcertado el cerebro. En una de estas dos clases ponen a Jesucristo los enemigos de la religión, y aunque es bien claro que la sola idea de tal blasfemia hace horrorizar a todo cristiano, es, sin embargo, muy conveniente que procuremos manifestar a la luz de la razón la suma injusticia y ligereza con que proceden en esta parte los enemigos de Jesucristo. Su sola persona se presenta ya a primera vista tan extraordinaria, tan superior a todos los hombres que han aparecido sobre la tierra, que ya, desde luego, se descubre en El algo de maravilloso y divino. Sus costumbres son las más puras; sus palabras, sabias y sentenciosas; su trato, en extremo amable, respira una sencillez tan majestuosa, una gravedad y dignidad tan naturales y sorprendentes, tal elevación de conceptos y sentimientos, que hasta el mismo impío Rousseau exclama admirado: "Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo no pueden ser sino de un Dios."

Aun los mismos enemigos de la religión cristiana convienen en que la moral de Jesucristo es lo más puro, más noble y elevado que se ha visto jamás. Toda la doctrina de los filósofos antiguos es nada en comparación de la de Jesucristo, ya sea que le oigamos hablando del hombre y de Dios, ya sea que examinemos la base en que hace estribar su doctrina

moral, ya sus preceptos y consejos, ya lo poderoso de los motivos para inducir al hombre a la práctica de todas las virtudes. Habiendo Jesús salido de una familia oscura y pobre, no habiendo aprendido en ninguna parte las letras, ¿quién le había comunicado tanta sabiduría? ¿No es esto una prueba de que era enviado de Dios, de que no era un impostor? Cuando algún hombre quiere engañar a otros, lo que procura es halagar sus pasiones y caprichos, disimulando y excusando sus faltas, cuida de buscar la protección de los poderosos, y por lo común no se olvida de labrar su propia fama; pero Jesucristo, todo al contrario: siempre reprendiendo el vicio, siempre contra las pasiones, siempre predicando su moral severa. Busca con preferencia a los pobres, a los desvalidos; ama muy particularmente a los niños, y es tan desinteresado, que no tiene sobre qué reclinar su cabeza. ¿Son éstas señales de ser un engañador? Si tal hubiera sido, ¿no habría al menos procurado evitar los tormentos y la muerte? ¿Es posible que se hubiese olvidado de sí mismo hasta tal punto que, a pesar de que veía que tan de cerca le amenazaba el patíbulo, como lo aseguraba El mismo, nada hiciese para librarse de afrenta tan horrorosa? Y el morir con tan serena calma, el no pronunciar una palabra contra sus enemigos, contra aquellos mismos que le estaban insultando y atormentando, el orar por ellos

pendiente de la cruz, ¿no manifiesta que en aquel corazón se abrigaba lo que jamás se había abrigado en el corazón de otro hombre?

CAPITULO XV

Continuación de la misma materia.

ADEMÁS, quien no sea enviado de Dios no puede hacer milagros, porque como sólo Dios puede hacerlos, es claro que aquel hombre, en favor de cuya doctrina se hacen, ha de ser precisamente enviado de Dios, pues que de otra suerte se siguiera que Dios confirmaría el error con muestras de su omnipotencia. Jesucristo hacía de continuo milagros: resucitaba muertos, daba la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, el andar a los tullidos; curaba con una palabra toda clase de enfermedades; caminaba sobre el mar como sobre un cristal; con el imperio de su voz sosegaba en un instante las olas en medio de la tormenta. Y que hacía milagros es tan cierto, que ni sus mismos enemigos se atrevían a negarlo; como que, no sabiendo a qué recurrir, decían neciamente que Jesús obraba por virtud del demonio, como si hubiera sido esto posible en quien los echaba de los cuerpos, en quien, con la santidad de su doctrina, presentaba una firmísima

prueba de que trataba de destruir el imperio de ese enemigo del linaje humano.

Los que se atreven a dudar de los milagros de Jesucristo deberían también dudar de todo lo demás que nos refieren las historias. Porque, ¿cómo podemos saber que en tal tiempo, en tal lugar, ha habido una guerra, y que en ella se ha distinguido mucho un general que ha tomado estas o aquellas plazas, que ha conseguido estas o aquellas victorias? Es bien claro que el único medio que tenemos es que así nos lo refieran los hombres entendidos y veraces que lo hayan visto con sus propios ojos, u oído al menos de boca de testigos que merezcan toda fe. Esto sucede con los milagros de Jesucristo, pues que aun mirando la Sagrada Escritura no más que como un libro cualquiera, siempre resulta que son dignos de fe hombres que nos refieren lo que ellos han visto, que lo dicen en presencia de los enemigos del nombre de Jesús, quienes sin duda los hubieran desmentido si se hubiesen arrojado a mentir; hombres que tan convencidos estaban de lo que decían, que murieron en los patíbulos por sostenerlo. ¿Puede darse mejor prueba de que un hombre cree lo que dice, que el morir, con muerte afrentosa, para sostener lo que dice?

CAPITULO XVI

El cumplimiento de las profecías, otra prueba de la divinidad de Jesucristo.

OTRA de las pruebas de que Jesucristo era enviado por Dios, son las profecías que se cumplieron en El de un modo tan visible. Las cosas que han de venir y que no tienen ningún enlace necesario con las que han sucedido, sólo Dios es capaz de conocerlas. Puede el hombre saber que mañana saldrá el sol, porque esto es lo que sucede de continuo por el mismo orden de la Naturaleza; puede también pronosticar que lloverá, que habrá tempestad, que habrá buena o mala cosecha, todo con más o menos probabilidades de acierto, según sean los indicios en que se funde la conjetura; pero saber que de aquí a quinientos o a mil o dos mil años haya de nacer un hombre en tal lugar y de tal manera, pronosticando circunstancialmente el modo con que ha de vivir, padecer y morir; la propagación de su doctrina por toda la tierra, la sociedad que ha de formarse de sus discípulos; en una palabra, predecirlo todo con tanta claridad y precisión como si estuviera sucediendo, ¿quién puede hacerlo sino Dios?

Si en algún hombre se verifican semejantes profecías, y si en ellas se nos dice que este hombre será

el Salvador del mundo, que nos traerá la luz y la gracia, que será el Hijo de Dios, y Dios como su Padre, cuando venga este hombre en quien se cumplan todas las señales de un modo admirable, ¿no habremos de pensar que aquellas predicciones han dimanado de Dios, y que aquel hombre es enviado de Dios? Todo esto se verificó en Jesucristo, y de tal manera, que a veces, leyendo los profetas, parece que estamos leyendo historiadores. El tiempo en que vino al mundo, el lugar de su nacimiento, la persecución de Herodes, la huída a Egipto, el tenor de su vida, su conducta, sus modales, su predicación, sus milagros, sus padecimientos, su muerte, la propagación de su doctrina, la fundación y duración de su Iglesia, todo se halla pronosticado desde muchos siglos antes y con una precisión que asombra. Los libros de la Sagrada Escritura andan en manos de todo el mundo; el Viejo Testamento y el Nuevo, comparados entre sí, hacen resaltar esta verdad tan clara como la luz del día. Aquí no se trata de mirarlos como libros sagrados; basta considerarlos como los de Herodoto, de Tucídides o de otro autor cualquiera; cotejar las fechas de las predicciones y de los acontecimientos, y ver si lo que sucedió en Jesucristo estaba pronosticado ya muchos siglos antes de que El viniese al mundo.

CAPITULO XVII

Continuación de la misma materia.

No sólo se cumplió en Jesucristo todo lo que de El habían anunciado los profetas, sino que El mismo hiza varias profecías, y todas las vemos cumplidas con una exactitud sorprendente. Antes de morir pronostica la ruina de Jerusalén, y con palabras que indicaban una catástrofe espantosa; y, en efecto, al cabo de algunos años fué destruída Jerusalén, y sabemos por los historiadores profanos que en el sitio y toma de la ciudad sucedieron tantos horrores, que los cabellos se erizan al leerlo. Anunció Jesucristo a sus apóstoles los trabajos, los tormentos y la muerte que habían de sufrir por su nombre, y nadie ignora que los apóstoles anduvieron por el mundo sellando con sus padecimientos y su sangre la fe del divino Maestro. Predijo también que su Iglesia se extendería admirablemente, y que no perecería jamás, a pesar de todas las contradicciones del infierno; y así ha sucedido, y lo estamos viendo con nuestros ojos y palpando con nuestras manos.

¿Qué más se quiere para convencernos de que Jesucristo era realmente enviado de Dios, y de que, como nos dijo El mismo y nos dice nuestra santa Madre la Iglesia católica, era Hijo de Dios y Dios

como su Padre, y, por consiguiente, de que la doctrina que El vino a enseñar al mundo es la pura verdad, pues que, siendo Dios, no podía engañarse ni engañarnos?

¡Cuán lamentable ceguera es la de aquellos infelices que se empeñan todavía en cerrar los ojos a tan luminosas verdades! Hacen alarde de no creer nada; dicen orgullosamente que todo esto son preocupaciones, y en su vida quizá no han leído un libro de aquellos en que se prueba la verdad de la religión, y todo el fundamento que tienen para no creer es el haber oído cuatro necedades de boca de algún hablador ignorante. ¡Ah! Compadezcámonos de su miserable ceguedad, y veamos si podemos lograr que al menos nos escuchen; que si esto logramos, no será dificil, con la gracia de Dios, el que vuelvan a entrar en el rebaño de la Iglesia.

CAPITULO XVIII

Argumento irrecusable a favor de la divinidad de la religión cristiana.

DESPUÉS de haber presentado tan convincentes pruebas de la verdad de la religión cristiana, concluiremos con una que se halla patente a los ojos de todo el mundo, y para cuya comprensión no se ne-

cesita ni consultar la Sagrada Escritura, ni los Santos Padres, ni leer la historia profana, ni examinar los milagros que hizo Jesucristo, ni las profecías que le anunciaron, sino únicamente dar una mirada a hechos sobre que nadie disputa.

Para mayor inteligencia, supondremos que nada sepamos de cierto sobre las demás pruebas que manifiestan de un modo irrefragable la verdad de la religión. Nadie niega, ni aun los mismos impíos, que Jesucristo cambió la faz del mundo entero: el mundo era idólatra y se hizo cristiano. Nadie puede dudar tampoco, pues que lo vemos con nuestros ojos, que la religión enseñada por Jesucristo dura todavía, ocupando una gran parte de la tierra; nadie pone en disputa que Jesucristo era un hombre de condición humilde y pobre; que lo mismo eran los apóstoles, y que para el planteo y propagación de la religión cristiana no se empleó la fuerza de las armas, pues no creo que nadie haya dicho jamás que Jesucristo ni sus apóstoles fueran conquistadores; por fin, nadie puede negar que los preceptos y consejos de la religión cristiana están en lucha abierta con nuestras pasiones, que las contrarían a cada paso, exigiéndonos con frecuencia sacrificios harto dolorosos.

Sentados estos hechos, todos incontestables, todos al alcance de todo el mundo, emplearé el argumento de San Agustín. El cambiar la faz del Universo, lo-

grando que, sin armas, sin fuerza, sin violencia de ninguna clase, se alistaran en la religión cristiana personas de todas edades, sexos y condiciones: ancianos, jóvenes, niños, ricos y pobres, sabios e ignorantes, y esto no como quiera, sino perdiendo sus haciendas, acabando sus vidas en medio de los más crueles tormentos; conseguir que esa religión se arraigase, se extendiese y perpetuase a pesar de los esfuerzos de los príncipes de la tierra, de los sabios del mundo, de la resistencia de todas las pasiones; cambiar, repito, la faz del Universo de tal manera, ¿lo hicieron Jesucristo y sus apóstoles haciendo grandes milagros o no? Si fué con milagros, entonces la religión cristiana es verdadera; si sin milagros, entonces preguntaré si no es el mayor de los milagros el convertir el mundo sin milagros; preguntaré si estaban locos los hombres que, sin pruebas, sin ninguna señal de misión divina, sin nadie que los violentase, antes exponiéndose a morir en un patíbulo, quisieran seguir la doctrina de unos cuantos predicadores, pobres, ignorantes, enviados por otro hombre que había sido condenado al último suplicio. Esto no tiene réplica: reflexionen sobre ello los que tan ligeramente niegan la verdad de nuestra religión, y vean si encontrarán aquí más solidez que en los frívolos discursos que los han engañado.

CAPITULO XIX

Se deshace el argumento fundado en la extensión y duración del mahometismo.

DIRÁN, quizá, algunos que la religión de Mahoma también se ha extendido mucho; pero a esto responderemos que Mahoma y sus sucesores extendieron su religión por medio de las armas; sus pruebas eran la cimitarra levantada sobre la cerviz de los vencidos: *o creer o morir*. ¿Lo hacían así los apóstoles, andando solos por el mundo, sin más armas que su cayado? Mahoma, al empezar sus predicaciones, era ya un hombre muy rico y poderoso, instruído al estilo de su tiempo y país, tenido por sabio entre los suyos y que ejercía considerable influencia; Jesucristo era de condición humilde, no había aprendido las letras, y era tan pobre, que nació en un pesebre, y no tenía donde reclinar su cabeza. Mahoma, lejos de contrariar las pasiones, las halagó, concediendo a sus sectarios la amplísima libertad de aquellas cosas que más seducen y arrastran el corazón del hombre; pero Jesucristo, lejos de halagar ninguna pasión, lejos de disculpar ningún vicio, siempre habla con entereza contra todo desarreglo, nada disculpa de malo, y muestra con su palabra y con su ejemplo el estrecho camino de la virtud. ¿Qué tiene, pues, que ver Maho-